

Día primero

Empieza el otoño, los árboles se vuelven amarillos, rojos, castaños; es como si el pequeño balneario del hermoso valle estuviera rodeado por un incendio. Por el pórtico pasean las mujeres y se inclinan hacia las fuentes. Son mujeres que no pueden tener hijos y que en este balneario esperan lograr la fertilidad.

Los hombres son mucho menos frecuentes entre los pacientes, pero hay algunos, porque, al parecer, los baños, además de sus mágicos efectos ginecológicos, fortalecen el corazón.. Sin embargo, por cada paciente masculino hay nueve pacientes femeninos, lo cual resulta desesperante para la joven soltera que trabaja aquí como enfermera y atiende en la piscina a las damas estériles.

Ruzena nació aquí, aquí viven sus padres, ¿logrará salir algún día de este sitio en el que abundan tan terriblemente las mujeres?

Es lunes y se aproxima el fin de la jornada de trabajo. Aún hay que envolver con una sábana a las últimas señoras gordas, acostarlas en sus camillas, secarles la cara, sonreírles.

—¿Le vas a llamar? —le preguntan a Ruzena sus compañeras de trabajo; una de ellas es una robusta cuarentona, la otra es más joven y delgada.

—¿Por qué no? —dice Ruzena.

—No hay nada que temer —le dice la cuarentona para animar-

la y la acompaña al vestuario, en el que las enfermeras tienen un armario, una mesilla y un teléfono.

—Deberías llamarle a su casa —dice la delgada con inquina, y las tres se echan a reír.

Cuando se acallan las risas, Ruzena dice:

—Tengo el número de teléfono de ese teatro.

## 2

Fue una conversación horrible. En cuanto oyó la voz de ella por el teléfono, se asustó.

Siempre le habían dado miedo las mujeres, aunque ninguna le creyese cuando lo decía y lo considerasen sólo una broma, producto de su coquetería.

—¿Cómo te va? —preguntó él.

—No muy bien —respondió.

—¿Por qué?

—Necesito hablar contigo —dijo ella en tono patético.

Aquél era precisamente el tono patético que él esperaba desde hacía años con horror.

—Sí —dijo con voz angustiada.

—Necesito hablar contigo —repitió ella—. Es importante.

—¿Qué ha pasado?

—Soy una persona distinta a la que tú conociste.

Era incapaz de hablar. Tardó un rato en repetir:

—¿Por qué?

—Hace ya seis semanas que no me viene.

Haciendo un esfuerzo dijo:

—Es posible que no sea nada. A veces ocurre y no significa nada.

—No, esta vez se trata de eso.

—Es imposible. Es sencillamente imposible. Al menos no puede ser por mi culpa.

Ella se ofendió:

—Pero ¿por quién me tomas?

Tenía miedo de ofenderla porque ella le daba miedo:

—No, no he querido ofenderte, por qué iba yo a querer ofenderte, lo único que digo es que no ha podido ser conmigo, no tienes nada que temer, es simplemente imposible, fisiológicamente imposible.

—Si es así, no te enfades —dijo muy ofendida—. Perdona que te haya molestado.

—No, no, no —temía que le colgase—. ¡Has hecho bien en llamar! Estoy encantado de poder ayudarte... Por supuesto que todo se puede resolver.

—¿Qué quieres decir con eso de resolver?

No supo qué decir. No se atrevía a llamar a las cosas por su nombre:

—Pues... resolver.

—No cuentes con eso que estás pensando. De eso ni hablar. Eso no lo haría ni aunque tuviese que destrozar mi vida.

El terror le volvió a helar la sangre pero, esta vez, atacó tímidamente:

—Entonces, ¿para qué me llamas si no quieres hablar conmigo de eso? ¿Quieres que te aconseje o ya lo tienes todo decidido?

—Quiero que me aconsejes.

—Iré a verte.

—¿Cuándo?

—Ya te avisaré.

—Bueno.

—Entonces hasta pronto.

—Hasta pronto.

Colgó el teléfono y regresó a la sala donde estaba su orquesta.

—Señores, se acabó el ensayo —dijo—. Hoy ya no puedo más.

Cuando colgó el teléfono estaba roja de excitación. La había ofendido la reacción de Klima a su noticia. Por lo demás, estaba ofendida desde hacía mucho tiempo.

Se habían conocido dos meses antes, cuando el famoso trompetista actuó con su orquesta en el balneario. Después del concierto hubo una juerga a la que la invitaron. El trompetista le dio prioridad ante todas las demás y pasó la noche con ella.

Desde entonces no había dado señales de vida. Ella le había enviado dos postales y él no había respondido a ninguna de las dos. Una vez estuvo en la capital y le llamó por teléfono al teatro en el que, según las informaciones de que disponía, ensayaba con su orquesta. El hombre que cogió el teléfono le preguntó su nombre y le dijo que iría a ver si Klima estaba por allí. Al rato volvió con la noticia de que el ensayo había terminado y el trompetista se había marchado. Ella pensó que no quería ponerse y sintió un rencor aún mayor, porque por entonces había empezado ya a tener miedo de estar embarazada.

«¡Así que es fisiológicamente imposible! ¡Qué fácil es decirlo, fisiológicamente imposible! ¡Me gustaría saber lo que dirá cuando nazca!»

Sus dos compañeras, excitadas, le dieron la razón. Desde el día en que ella les anunció, en la sala saturada de vapor, que la noche anterior había vivido una experiencia indescriptible con aquel hombre famoso, el trompetista se había convertido en propiedad de todas sus compañeras. Su imagen habitaba en la sala donde se turnaban para atender a las pacientes y, cada vez que en algún sitio se oía su nombre, se reían para sus adentros, como si se hablase de alguien a quien conociesen íntimamente. Y cuando se enteraron de que Ruzena estaba embarazada, les inundó

una extraña alegría, porque desde ese momento él estaba físicamente presente en la profundidad del cuerpo de Ruzena.

—Está bien, está bien, chica, tranquilízate —le dijo la cuarentona, dándole una palmada en la espalda—. He encontrado algo para ti —y abrió ante sus ojos una revista bastante grasienta y manoseada—: ¡Mira!

Las tres se pusieron a mirar la fotografía de una morena joven y guapa que estaba en un escenario con un micrófono junto a la boca.

Ruzena intentaba leer su destino en aquel par de centímetros cuadrados.

—No sabía que fuera tan joven —dijo con temor.

—¡Pero qué va! —se rió la cuarentona—: Es una foto de hace diez años. Si los dos tienen la misma edad. ¡No tiene nada que hacer contigo!

## 4

Durante su conversación telefónica, Klima se daba cuenta de que hacía ya mucho tiempo que esperaba aquella horrible noticia. No es que tuviera un motivo razonable para pensar que durante aquella juerga fatídica había dejado preñada a Ruzena (por el contrario, estaba seguro de que la acusación era injusta), pero esperaba un mensaje como aquél desde hacía muchos años, desde mucho antes de conocer a Ruzena.

Tenía veintiún años cuando a cierta rubia enamorada se le ocurrió simular un embarazo para obligarle a casarse. Fueron unas semanas horribles al final de las cuales terminó con cólicos de estómago y se derrumbó. Desde entonces sabe que el embarazo es un golpe que puede llegar en cualquier momento y des-

de cualquier parte, un golpe contra el cual no hay pararrayos y que se presenta en forma de llamada telefónica patética (sí, aquella vez la rubia también le dio la primera noticia por teléfono). Lo que le sucedió a los veintiún años hizo que, a partir de entonces, siempre se relacionara con las mujeres con una sensación de angustia (aunque con bastante ahínco) y que, después de cada encuentro amoroso, tuviera miedo de las penosas consecuencias que pudieran producirse. Se consolaba pensando que la probabilidad de que ocurriera semejante desgracia, dada su prudencia enfermiza, apenas llegaba a una milésima por ciento, pero era capaz de tener miedo hasta de aquella milésima.

Una vez, seducido por una noche libre, llamó por teléfono a una chica a la que había visto por última vez hacía dos meses. Al reconocer su voz, ella exclamó: «¡Dios mío, eres tú! ¡Tenía tantas ganas de que me llamas! ¡Necesitaba tanto que me llamas!» y lo dijo en un tono tan apremiante, tan patético, que la consabida angustia le atenazó el corazón y sintió con toda su alma que había llegado el temido momento. Y como quería afrontar la verdad con la mayor rapidez posible, atacó: «¿Y por qué me lo dices en un tono tan trágico?». «Ayer se murió mi madre», le respondió, y él respiró aliviado pero sabiendo que, de todos modos, no se iba a librar de aquello a lo que temía.

## 5

—Ya está bien. ¿Qué es lo que está pasando? —dijo el batería, y Klima por fin se recuperó.

Vio a su alrededor las caras preocupadas de sus músicos y les dijo lo que había sucedido. Los muchachos dejaron los instrumentos y trataron de aconsejarle.